

*Pretextos romanos para justificar su derrota. – Anibal toma por trato a Clastidio. – Refriega de la caballería y ventaja de Sempronio. – Diversidad de pareceres entre los dos cónsules sobre la guerra. – Emboscada de Anibal.*

Apenas llegó a Roma la nueva de la batalla entre la caballería, fue tanto mayor la sorpresa cuanto tenía la noticia de inesperada. Pero no faltaron pretextos a que atribuir el haber sido vencidos. Unos culpaban la temeridad del cónsul, otros el mal resultado que de propósito habían dado de sí los galos, infiriendo esto de la última deserción. Pero en fin, estando aún indemnes las legiones de a pie, se lisonjearan de que no había que temer por la salud de la República. Por eso cuando Sempronio pasó por Roma se creyó que desde que él hubiese unido sus legiones la presencia sola de este ejército concluiría la guerra. Luego que se reunieron éstas en Rímimi se había convenido por juramento, cuando las tomó el cónsul y se dirigió con diligencia a incorporarse con Escipión. Después que se hubo acercado al campamento de éste, sentó sus reales a corta distancia e hizo descansar sus legiones, que habían marchado cuarenta días continuos desde Lilibeo a Rímimi. Él, mientras, realizaba todos los preparativos para la batalla y conferenciaba frecuentemente con Escipión, ya informándose de lo pasado, ya deliberando sobre lo presente.

En el transcurso de este tiempo, Anibal tomó por trato la ciudad de Clastidio, entregándosela Bríndisi, su gobernador por los romanos. Dueño de la guarnición y de los acopios de trigo, se sirvió de éste para las presentes urgencias, y se llevó consigo a los prisioneros sin hacerles daño. Deseaba por este rasgo de humanidad dar a entender a los que en adelante se aprendiesen que no había que desesperar de su clemenecia. Recompensó al traidor magníficamente, con el propósito de atraer al partido de Cartago todos los que obtenían algún cargo. Después, advirtiendo que algunos galos de los que habitaban entre el Po y el Trebia habían contraído con él alianza, y al mismo tiempo se comunicaban con los romanos, persuadidos de que por este medio hallarían seguridad en uno y otro partido, destacó dos mil infantes y mil caballos entre galos y númidas, con orden de que

talasen sus tierras. Ejecutada prontamente esta orden, y dueños de un rico despojo, al instante acudieron los galos al campamento romano para implorar su socorro.

Sempronio, que ya de antemano buscaba la ocasión de actuar, valiéndose ahora de este pretexto, envió allá la mayor parte de su caballería, y con ella hasta mil flecheros. Éstos, pasado prontamente el Trebia, vienen a las manos con los que traían el botín, los hacen volver la espalda y retirarse a su campamento. Las guardias avanzadas del campo cartaginés que lo advirtieron se dirigen prontamente al socorro de los que eran perseguidos, ponen en huida a los romanos y los hacen volver hacia su campo. Entonces Sempronio, visto este accidente, destacó toda la caballería y los flecheros, con cuyo refuerzo, vueltos a retroceder los galos, se acogieron dentro de dos fortificaciones. Pero Aníbal, que a la sazón se hallaba desprevenido para una acción general y creía que era oficio de un prudente capitán no arriesgar jamás trance decisivo por leves pretextos y sin propósito, se contentó con detener a los que se refugiaban al real y obligarles a volver hacer frente al enemigo; pero les prohibió por medio de sus edecanos y trompetas perseguirle ni venir a las manos. Los romanos persistieron algún tiempo; pero finalmente se retiraron, después de haber perdido alguna gente y haber muerto un gran número de cartagineses.

Soberbio y alegre Sempronio con tan feliz suceso, ardía en vivos deseos de llegar cuanto antes a una batalla decisiva. Aunque se había propuesto manejarlo todo a su arbitrio, por estar Escipión enfermo, sin embargo conferenciaba con él sobre el asunto, con el propósito de tener asimismo el voto de su colega. Escipión era del sentir opuesto en las actuales circunstancias. Creía que, ejercitado el soldado durante el invierno, se haría después más esforzado; que la inconstancia de los galos, viendo a los cartagineses en inacción y mano sobre mano, no persistiría en la fe y maquinaría alguna nueva traición contra ellos; y, por último, que restablecido él de su herida haría algún útil servicio a la República. De estas razones se valía para persuadirle a no pasar adelante. Sempronio conocía bien la verdad y conveniencia de estos consejos; pero se dejaba arrastrar de la ambición y excesiva confianza. Ansiaba temerariamente decidir por sí el asunto antes que Escipión pudiese intervenir en la acción o le previniesen en el mando los cónsules sucesores, de cuya elección era ya el tiempo. Y así como no se acomodaba a las circunstancias de los negocios, sino a las suyas, nadie dudaba en que le desmentirían sus deliberaciones. Aníbal, aunque del mismo sentir que Escipión sobre el estado presente, infería lo contrario. Deseaba venir a las manos lo antes posible, con el propósito, primero de aprovecharse de aquellos recientes impulsos de los galos; después batirse con unas tropas inexpertas y recién alistadas, y últimamente de no dar tiempo a Escipión para asistir al combate. Pero el motivo más poderoso era por hacer algo y no dejar transcurrir el tiempo inútilmente. Efectivamente, el único medio de conservarse un general que llega con ejército a un país extraño y emprende una conquista extraordinaria es renovar con continuas empresas las confianzas de sus aliados. En este supuesto se disponía para una acción, seguro de que Sempronio no dejaría de atacarle.

Aníbal, habiendo observado de antemano que el espacio que mediaba entre los dos campos era un sitio llano y descampado, más a propósito para embosca-

das, por correr un riachuelo cuyas elevadas márgenes estaban cubiertas de espesas zarzas y jarales, pensó en fraguar una celada a sus contrarios. Ésta le era tanto más fácil, cuanto que los romanos, recelándose únicamente de los terrenos montuosos, por acostumbrar los galos a prepararles siempre asechanzas en tales parajes, vivían confiados en los lugares llanos y descubiertos, sin percatarse que a veces la llanura es más a propósito para tender una emboscada más a cubierto y a menos riesgo que los matorrales. En ésta los que están ocultos registran con anticipación la campiña, y nunca les faltan eminencias adecuadas para esconderse. Cualquiera mediana margen de un riachuelo, cualquier cañaveral, cualquier zarzal y otro cualquier género de jarales bastan para cubrir no sólo la infantería, sino a veces la caballería, con la corta precaución de inclinar de espaldas hacia la tierra el reverbero de las armas y poner por bajo los morriones.

Anibal, pues, habiendo participado a su hermano Magón y demás de la junta de lo que después pensaba hacer, todos aplaudieron su propósito. Luego que hubo cenado el ejército, llama a Magón su hermano, joven por cierto, pero lleno de espíritu e instruido en el arte militar, y le da el mando de cien hombres de a caballo y otros tantos de a pie. Le previene que elija los que le parezcan más valerosos de todo el ejército y después de haber cenado vengan todos a su tienda antes de anochecer. Después que los hubo exhortado y excitado en ellos el valor que requería el caso, ordenó a cada uno escoger de su propia compañía los más esforzados y venir a cierta parte del campamento. Ejecutada la orden, se reunió un número de mil caballos y otros tantos de a pie, y los envió por la noche al lugar de la emboscada, dándoles guías y previniendo a su hermano el tiempo de atacar. Él, mientras, reúne al amanecer a los númeradas, gentes hechas a toda prueba, y luego de haberlos exhortado y prometido premios a los que se distinguiesen, ordena que se aproximen al campo enemigo y, hecha la primera descarga, regresen prontamente a pasar el río, para movilizar al enemigo. Todo su fin era coger a Sempronio en ayunas y desprevenido para la acción. Después convoca a los demás oficiales e igualmente los anima para el combate, previniéndolos den de comer a toda la gente y hagan tener prontas sus armas y caballos.